

**Lecturas del cuerpo en Irresponsable de Manuel Podestá:
ciencia, literatura, animalidad**

Leandro Simari

En noviembre de 1879, la “Carta literaria” de Benigno Lugones, publicada en La Nación, instala en las páginas de la prensa periódica una mirada programática sobre el futuro de la literatura argentina y sentencia que su modelo y su aspiración máxima deben perseguirse en los cánones de la escuela naturalista. Su perspectiva replica hasta la paráfrasis los argumentos con que el naturalismo se definía y defendía en Francia y se adelanta a otras voces del contexto argentino que poco después reivindicarían, con mayor o menor énfasis, esos mismos postulados.

Una década más tarde, *Irresponsable*, la novela con la que Manuel Podestá pasaría a engrosar la nómina local de los médicos escritores, no sólo pondrá en práctica las principales líneas trazadas por aquel antecedente remoto, sino que además dejará en evidencia hasta qué punto los años transcurridos no alcanzarían para remover del centro de la escena literaria al más leído, celebrado y rebatido representante del naturalismo: Emile Zola. Porque el innominado protagonista de la novela, a quien se apoda *el hombre de los imanes*, en alusión a un fracaso de su época de estudiante, será, como Lugones pero diez años después, un fervoroso lector de *La taberna* y *Naná*. Hacia el final del cuarto capítulo, desesperado ya por la miseria y la soledad en que ha caído, y a punto de ceder a la tentación de prender fuego su propia casa, *el hombre de los imanes* rescatará justamente esas dos novelas de un “derrumbe de libros y folletos” para propiciar el recuerdo de viejas lecturas y reencontrarse con su “filosofía amarga y positiva”.¹

Esta preferencia literaria, además de hablar simultáneamente de la biblioteca personal del protagonista y del autor, ofrece al primero de ellos la posibilidad de leer, en clave

¹ Podestá, Manuel, *Irresponsable*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, p. 67. Todas las citas corresponden a esta edición.

literaria, sus padecimientos, sus defectos e incluso su futuro en los destinos ficcionales que Zola perfila. Si un personaje “idiotizado por el alcohol y por el hambre” es capaz de perturbarlo y conmoverlo hasta la conmiseración o el odio, no sólo se debe a la pericia literaria de quien escribe, sino también a que, “[p]ara sus adentros” no consigue dejar de decirse: “[a]lguna vez seré así” (p. 68). Es precisamente esa identificación la que hace de la irrupción de los libros de Zola en la escena de *Irresponsable* y, sobre todo, del modo en que son leídos por el *hombre de los imanes*, un punto de inflexión para la novela, a partir del cual se resignifican elementos previos y se anticipan otros que serán fundamentales más adelante. Por una parte, esas lecturas ofrecen la primera interpretación de conjunto para las descripciones disgregadas que del protagonista se hace en los capítulos previos. Porque si el *hombre de los imanes* puede reconocerse de inmediato en la “larga fila de seres desgraciados, enfermos, enviados” (p. 69) que recorren la obra de Zola, la explicación que se ofrece para los males de estos últimos también puede ser proyectada sobre él mismo, otorgándole nuevo sentido a los rasgos de decadencia física con que se lo caracteriza desde su primera aparición. Al mismo tiempo, la referencia directa a la lectura de Zola constituye también una alusión indirecta a los patrones estéticos sobre los cuales estas y otras descripciones se configuran. En efecto, siguiendo un concepto que preconizan por igual los adeptos vernáculos y extranjeros de la escuela naturalista, Podestá no escatima en detalles escabrosos ni en golpes de efecto a la hora de describir: a los cuerpos vivos que empiezan a revelar la inminencia de la muerte en las pieles amarillentas y arrugadas, en los ojos vacíos y las órbitas “ahuecadas como las de un muerto” (p.33), se agregan, en ese sentido, las descripciones de la morgue, en la que los estudiantes de medicina se rodean de “despojos humanos (...) piernas que les faltaba la piel (...) músculos, color vinagre subido (...) una cabeza desprendida del tronco” (pp. 37-38), y cuya atmósfera se impregna de “los miasmas, los malos olores que despedían las piezas en descomposición” (p.39). En una novela de organización difusa, que encuentra la distancia objetiva del narrador naturalista cuando el relato ya está promediando, que cae por momentos en el cuadro de costumbres o en la nota memorialista, las estrategias de descripción del cuerpo pueden ser consideradas como la más consistente muestra del modo en que Podestá leyó a Zola. Y, en todo caso, esa lectura *interesada* de un autor a la búsqueda de recursos asimilables a su propia práctica de escritura se intuye por detrás del énfasis con que *el hombre de los imanes* recordará las

descripciones corporales leídas en las páginas de *La taberna y Nana*: “la mano temblorosa y cubierta de pústulas” (p.67), la carne manchada y consumida por los trabajos diarios, la “trama delicada” (p.69) de los pulmones obreros destruida por el carbón, la “fisonomía de idiota” (p.69) que se fija en el rostro de un ebrio.

Por otra parte, los juicios que el *hombre de los imanes* realiza en su condición de lector anticipan los que el impiadoso diagnóstico de un antiguo amigo y compañero de estudios le deparará a él mismo, tres capítulos más adelante. Unos y otro giran, de hecho, sobre los mismos tópicos, recurren a las mismas analogías y sentencian las mismas conclusiones: las tendencias hereditarias conducen a los individuos hacia el vicio, la “máquina humana” (p.70 y p.105) se deteriora y falla por la acción devastadora del alcohol; la conjunción de la herencia y el vino desdibujan el linde entre enfermedad, locura y crimen y, finalmente, la degradación de la condición humana conoce su límite último cuando se precipita hacia las formas primitivas de la animalidad.

Aun cuando el destino del *hombre de los imanes* sea el eje central de *Irreponsable*, y la narración se estructure a su alrededor según el modelo del “caso clínico”² (siguiendo, por otra parte, un rasgo típico del naturalismo argentino, tal como señaló Gabriela Nouzeilles), Podestá también introduce otros personajes menores en los que se repiten y profundizan los males que padece el protagonista; entre ellos, el cuidador de la morgue, a quien el “alcoholismo crónico” ha afectado hasta “hacerle perder sus facciones de figura humana” (p.41), o el “cebador de mate” que el protagonista encuentra en un comité partidario cuando trata de incorporarse a la actividad política y a quien “las dosis de alcohol que diariamente infiltraba en su organismo” han convertido en un “conjunto abigarrado de hombre y de bestia” (pp.120-121).

Ya no humanos pero todavía no animales, flotando en una zona de indefinición que abre un dilema para las taxonomías de la ciencia pero también para los mecanismos de regulación social, los personajes degradados de *Irresponsable*, con su protagonista a la cabeza, hacen ingresar en la novela, a través de sus figuras enfermizas y sus conductas erráticas, una serie de discursos, problemáticas e interrogantes contemporáneos que toman como uno de sus ejes principales de estudio al cuerpo y sus fenómenos, pero que tienen, desde el comienzo, la pretensión de proyectar sus conclusiones mucho más allá de la esfera

² Nouzeilles, Gabriela, *Ficciones somáticas*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000, p.22.

de lo estrictamente corporal. Una serie de avances significativos en el campo de las ciencias naturales y las urgencias de un proyecto modernizador que empieza a desnudar su reverso bajo la forma del hacinamiento, el delito, las epidemias y los problemas sanitarios, parecen sugerir de manera conjunta que es el cuerpo el terreno donde se pueden plantear preguntas, hallar respuestas y propiciar soluciones a través de distintos mecanismos de estudio y regulación. En un contexto dominado por la filosofía positivista de corte spenceriano, en el que la ciencia y sus métodos ostentan un prestigio indiscutido y se conciben como el modelo preferencial para toda forma del pensamiento, un interés tal por la faceta material, orgánica y fisiológica de los individuos propiciará la extrapolación de la mirada científica hacia el terreno social y político, sobre todo a través de nuevas disciplinas que, con mayores o menores pretensiones de cientificidad, asientan su autoridad en una revitalizada ciencia médica y en las influyentes y revolucionarias teorías de Charles Darwin, preludio de la biología moderna. Como consecuencia, la particular intersección entre ciencia, política y sociedad tiende a instalar dos modalidades complementarias de evaluación de los conflictos políticos y sociales: por una parte, una mecánica de diagnosis en la cual las problemáticas emergentes serán entendidas con *síntomas* de una enfermedad latente en algunos de los *miembros del cuerpo social*; por otra parte, una evaluación de esas mismas problemáticas en términos evolutivos, según la cual el *natural* desarrollo de la sociedad podría verse interrumpido debido a la subsistencia en ella de elementos regresivos, degenerativos, que no sólo son capaces de detener la línea evolutiva, sino que además podrían desmentirla y desandarla.

En ese marco, se establecerán asociaciones unilaterales entre cualquier factor de alteración del orden social (la pobreza, las epidemias, la locura, el delito) y supuestos rasgos hereditarios, orgánicos y fisiológicos de los individuos involucrados. Un determinismo biológico que equipara a quienes no se ajusten al estado de cosas imperante con lo anormal, lo patológico, lo regresivo, lo atávico, sustituirá así a las explicaciones históricas, económicas, sociales e incluso individuales por explicaciones hipotéticamente *naturales*, fundadas sobre una tergiversación de la verdad científica. La consecuencia última de esas especulaciones implica una distribución de los cuerpos individuales, en función de su forma, de su funcionamiento y de las conductas que se le atribuyen, en una suerte de escala tendida entre polos dicotómicos: de un lado lo normal, la salud, lo humano,

del otro lo anormal, lo enfermo, lo animal; y entre unos y otros términos una gama de alteraciones más o menos profundas de la norma dominante.

En su pretensión de reflexionar sobre la constitución de la sociedad y sus problemáticas, la escuela naturalista se verá tentada a establecer un diálogo intenso con esas disciplinas, integrándolas como piezas centrales de su imaginario. Desde luego, que en los casos particulares de Zola y Podestá la mirada médica y biologicista se proyecta sobre la representación del cuerpo y las conductas de los personajes de sus novelas resulta un dato incontrastable. No obstante, si Podestá encuentra en Zola los parámetros estéticos para encausar dicha representación, en lo que respecta a sus fundamentos teóricos comunes, demuestra ser mucho más que un lector de segunda mano. En otras palabras, Podestá despliega en *Irresponsable* un conocimiento fehaciente de algunos de los más representativos discursos de la época que conforman el entramado teórico sobre el que las ficciones naturalistas suelen asentarse. En concreto, las figuras del *hombre de los imanes* y de los demás individuos degradados que circulan en la novela, así como las reflexiones que éstas habilitan, remiten de forma particular a la antropología criminal de Cesare Lombroso y a la eugenesia de Francis Galton, y lo hacen de maneras diversas e insistentes, y con un grado de coincidencia que, por momentos, excede la mera adscripción conceptual para aproximarse incluso a la cita textual.

La idea de que existe un delincuente nato,³ prefigurado en las tendencias hereditarias, la certeza de que las predisposiciones para el delito pueden ser leídas en la fisonomía de los individuos porque los criminales poseen rasgos morfológicos propios de los hombres primitivos o incluso de los animales y, muy especialmente, el concepto de atavismo, según el cual un delincuente padecería, en palabras de Roberto Espósito, de “una suerte de anacronismo bio-histórico que revierte hacia atrás la línea de la evolución humana hasta ponerla nuevamente en contacto con la del animal”,⁴ son, sin dudas, algunos de los principales puentes que *Irresponsable*, en particular, y el naturalismo, en general, tienden hacia la antropología criminal. De hecho, aun sin caer de lleno en el delito, el *hombre de los imanes* responde con cierta fidelidad a los patrones del delincuente lombrosiano. Más significativa aún resulta la estrategia a través de la cual se describe a una de las figuras

³ Lombroso, Cesare, *Criminal man*, Durham, Duke University Press, 2006.

⁴ Espósito, Roberto, *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011, p. 191.

menores que aparecen en la escena de la cárcel, un ladrón configurado según el tipo del delincuente nato. Y no sólo resulta significativa porque los detalles que Podestá acumula remiten de manera unívoca al perfil trazado por Lombroso, sino también porque la descripción se remata aseverando que “un antropologista” habría completado estos rasgos “con dos orejas en ansa y dos pares de caninos afilados como flechas” (p. 145). Para terminar de delinear a su personaje, entonces, Podestá no convoca a un novelista a la Zola, sino a un antropologista, término que en este contexto no puede sino remitir de manera directa a la antropología criminal.

Otros dos puntos de contacto entre *Irresponsable* y las teorías lombrosianas, sin embargo, parecen más singulares. El primero de ellos, está en el título mismo de la novela porque, desde las últimas décadas del siglo XIX, el concepto de responsabilidad o irresponsabilidad moral frente a un crimen se transforma en materia de disputa médica y jurídica, en la medida en que teorías como las de Lombroso sostienen una explicación natural, orgánica y hereditaria para la conducta de los delincuentes. Que Podestá haya escogido para su título la forma afirmativa, y no la interrogativa y disyuntiva como hace Argerich, implica, además de una definición sobre la conducta de su personaje, un tácito posicionamiento frente a esas polémicas que la antropología criminal despertaba hacia 1889. Significativamente, el *hombre de los imanes* mismo, como si de un delincuente en el marco de un proceso judicial se tratara, agitó idénticas controversias entre lombrosianos y anti-lombrosianos en las páginas de la prensa periódica, tal como analiza Graciela Salto en su artículo sobre la recepción de *Irresponsable*.⁵

El otro elemento que remarca la articulación entre la novela de Podestá y las teorías de Lombroso radica en dos de los rasgos principales que delinean la figura del *hombre de los imanes*. Uno de ellos, el brote epiléptico que termina por arruinar su salud mental hasta destinarlo al manicomio, coincide con la mirada lombrosiana, que añade a la epilepsia como otra de las causas propiciatorias de las conductas criminales. La irrupción inesperada, hacia el final de la novela, de este nuevo factor de desequilibrio en la configuración del protagonista, ratifica y consolida, en los tres últimos capítulos, su condición de irresponsable.

⁵ Salto, Graciela, “El debate científico y literario en torno de *Irresponsable*, de Manuel T. Podestá”, en Anclajes, II.2, Universidad Nacional de La Pampa, 1998.

El segundo rasgo, lejos de ser distintivo del protagonista, se comprueba en casi todos los personajes degradados que pueblan la novela: se trata del alcoholismo. Desde luego, las ficciones del naturalismo, con *La taberna* a la cabeza están pobladas de ebrios, pero la insistencia con que Podestá repite un mismo vicio en los marginales, enfermos y delincuentes de *Irresponsable*, cobra una nueva significación a la luz del monólogo extenso, programático, aleccionador y condenatorio que le dedica, en el capítulo octavo, el compañero de estudios del *hombre de los imanes*:

El alcohol es un ladrón que penetra dulcemente para llevarse todos los días algo: hoy destruye una célula, mañana inmoviliza un resorte que era el eje sobre el que giraba un sentimiento; (...) y a medida que va penetrando en la intimidad del organismo, va rompiendo el ritmo de nuestras acciones, de nuestros sentimientos, de nuestros afectos, para convertir al hombre en un idiota, en un malvado, en un criminal (p. 106).

Si bien la interpretación conjunta de estos puntos en común no alcanzan para fechar de manera concluyente la lectura de *El hombre delincuente* por parte de Podestá, sí sugiere de modo suficiente su alto grado de atención a las variantes que Lombroso introduciría en sus teorías con el correr de los años, descartando de plano la posibilidad de que los conocimientos de Podestá sobre la antropología criminal fueran de segunda mano y que sus personajes únicamente repitieran los moldes naturalistas. La enfática definición del alcohol como el principal disparador social de las conductas delictivas preestablecidas, corresponde a un agregado que Lombroso introduce, en 1878, a la segunda edición de *El hombre delincuente*, luego de las múltiples objeciones recibidas por haber centrado su criminología en la noción de atavismo; el concepto del delincuente nato y la tipología correspondiente, recién aparecen en la tercera edición, fechada en 1884, y la noción del “delincuente epiléptico”⁶ sólo tendrá su lugar central en la edición siguiente, de 1889.

Indudablemente, el diálogo entre *el hombre de los imanes* y su antiguo compañero de estudios constituye la zona más programática de la novela, en la que el tono de por sí variable de la voz narrativa cede su lugar a la prédica reflexiva y sentenciosa de uno de los personajes. Ese desplazamiento premeditado, además de conferirle a Podestá la posibilidad de *explicar* de un modo directo lo que hasta el momento se narró y, en cierto sentido, lo que todavía queda por narrar, también delimita un recorte textual, el del diálogo, disponible para que ingresen, con un grado relativamente bajo de mediación, las preocupaciones del autor, no en tanto creador de ficciones, sino en tanto médico e higienista. Por eso, la prosa

⁶ Lombroso, Cesare, *Criminal Man*, op. cit.

que caracteriza la diatriba contra el alcohol recuerda a la que se deja leer en muchos pasajes de *Niños*, un autodenominado estudio médico-social que Podestá publicara un año antes de su primera experiencia literaria. En ese texto de explícita voluntad propagandística, los enemigos sociales frente a los que la prosa de Podestá se inflama son el hambre, la mala alimentación y las deficientes condiciones de higiene que dejan a los cuerpos infantiles a merced de las enfermedades y de un desarrollo disminuido de sus capacidades físicas. No obstante, como ocurre con el alcoholismo del *hombre de los imanes*, todos esos factores sociales son analizados principalmente como elementos capaces de profundizar una tendencia hereditaria corrompida o de enturbiar una constitución heredada saludable. Por eso, junto con una serie de medidas, consejos para las madres y reclamos a las instituciones públicas, Podestá se atreve a insinuar que un modo de paliar las enfermedades y muertes que se registran en la población infantil consiste en una suerte de procreación regulada con el objeto de impedir uniones inconvenientes y descendencias débiles, degeneradas o peligrosas. Por eso, nada costaría imaginar a Podestá repitiendo frente a un individuo como *el hombre de los imanes* la frase que, una vez más, resulta atribuida a aquel viejo compañero de estudios: “[f]elizmente, no has constituido familia” (p. 104). Tanto detrás de los matrimonios biológicamente planificados de Podestá como de la celebración de su personaje por la herencia degenerativa interrumpida se insinúa el principio de la *selección artificial* con que la eugenesia de Galton pretendía corregir la influencia negativa que ciertas conductas sociales impropias, como la caridad, ejercen sobre la evolución del hombre, permitiendo la supervivencia de los menos aptos. Esa procreación eugenésica regulada, como el propio Galton señala, ya tiene un antecedente de probado éxito en la cría de los animales domésticos, y su extrapolación al ámbito humano permitiría, entre otras cosas, evitar que individuos como *el hombre de los imanes* perpetuaran a través de su descendencia la regresión irrefrenable hacia la animalidad que en ellos se corrobora. Para garantizar el desarrollo de lo humano, entonces, se elige aplicar a quienes amenacen la forma humana una técnica reproductiva habitualmente dirigida hacia el animal.

Como médico y como escritor, como naturalista y como higienista, la mirada de Podestá encuentra en el cuerpo un eje de análisis, de representación y significación en el cual ver cifrados algunos de los principales dilemas de la sociedad de su época. Si la lectura de Zola, internalizada en *Irresponsable* a través de su protagonista, ofrece el gesto y el modelo

estético para fundamentar una posible aproximación a la esfera de lo corporal como la que se evidencia en sus novelas, el entramado teórico y conceptual que las respalda parece un capital con el que Podestá ya contaba de antemano. Así, si las escenas de lectura del *hombre de los imanes* explicitan una zona de la biblioteca sobre la que la escritura de Podestá se asienta, la otra zona, la que incluye las obras pretendidamente científicas de Lombroso y Galton, se exhibe de manera tácita en la profusión y el detalle con que *Irresponsable* parece interpelarlas.